

FUGA

-¡Mira, Despierta!- dijo Marcos con un codazo a su compañero. El carmín del amanecer se iba destiñendo para dar la bienvenida a un azul insolente que iluminó la cordillera. La adusta montaña que había dejado en el viaje de ida lucía forrada de nieve, como si una espátula la hubiera deparramado por laderas y quebradas.

-La tormenta fue implacable- respondió el copiloto un con un bostezo interminable.
=Casi nos suspenden el vuelo.

Como capitán de la nave, Marcos Salazar piloteaba el 767-300 desde Nueva York a Santiago con escala en Miami; por lo menos dos veces a la semana cruzaba la cordillera o volaba junto a ella y nunca dejaba de sorprenderse del magnífico espectáculo. Antes de iniciar el descenso llamó a su casa. Habían quedado de acuerdo con Maggie en que tomarían desayuno juntos y después, después lo de siempre. Desde que su mujer había abandonado las labores de enfermería celebrar el regreso a puerto seguro se había convertido en un ritual. Se acabaron las levantadas de madrugadas oscuras y los turnos antojadizos del hospital. La empresa constructora para la cual trabajaba Maggie actualmente, le permitía llegar a media mañana.

Cinco años atrás, volando la misma ruta, Maggie despertó al escuchar por altavoz el llamado urgente del capitán Salazar. Se requerían primeros auxilios en la cabina de

mando para atender al copiloto víctima de una leve fatiga. Así la pasajera aterrizó en la vida de Marcos y, al poco tiempo, despachó de la suya al doctor con quien estaba casada.

Marcos dejó pasar unos minutos y volvió a insistir con el teléfono; había transcurrido un tiempo razonable como para que su mujer hubiese salido de la ducha.

-¡Qué extraño! No contesta... ni siquiera el fijo...- dijo arrojando el pequeño aparato que fue a parar a su gorra. –Anoche fue lo mismo... aterriza tú mejor.

-¡Exagerado!- replicó el copiloto tomando el control de la nave.

La mayoría de sus compañeros se enredaba en aventuras acordadas en el aire o en cualquiera aeropuerto. Desde que Marcos vivía con Maggie, se quedaba en el hotel para llamarla como si su voz pudiese mitigar la nostalgia de su presencia y acompañarlo a dormirse sin ella. Qué cómo estaba vestida... que comenzara a quitarse la ropa despacito, en el orden que le indicaba su toc,... si había usado el conjunto que a él lo enloquecía, sí, el de raso... al último preguntaba por los clientes que la habrían visitado en el Montr Olimpo.

Maecos registró varios mensajes de la grabadora de su casa. Como siempre uno de la Compañía que se comunicara en cuanto llegara y, por último, la voz inquietante de una Ana, de la firma Torres y Torres que lo esperaba urgente en el edificio “Monte Olimpo”.

Maggie mostraba el departamento piloto del nuevo edificio, alhajado con exquisito gusto y “su” piloto no podía quejarse: la comisión por cada departamento vendido superaba el sueldo de la aerolínea. Quizás Ana era la secretaria contratada por la empresa pese a la férrea oposición de su mujer.

Maggie acostumbraba a terminar su trabajo después que algún interesado de última hora se asomara a visitar el departamento modelo, aunque no era conveniente mostrarlo con luz artificial. Pero ambos, ella y Marcos, habían descubierto cómo sacarle provecho a un horario caprichoso. Cuando él no estaba volando la pasaba a recoger y, una vez que el público se retiraba, ella ponía cerrojos a puertas y ventanas y comenzaban a jugar. Jugaban a que él era un millonario exigente que examinaba cada cuarto con una prolijidad neurótica y pedía costosas modificaciones que estaba dispuesto a pagar: el jacuzzi lo quería en otra posición junto a la ventana; vigas atravesadas de una madera especial para el cielo de la sala y el comedor. Y muchas otras lindezas exóticas que improvisaba sobre la marcha

-Y sáqueme esos calefactores horriblos señorita.

-Son italianos, lo más modernos y eficaces, importados de Milán, pero, si usted quiere cambiarlos por radiadores eléctricos, también se le puede dar en el gusto.

-De acuerdo... Y usted señorita Maggie ¿se quedaría a vivir conmigo?- le musitaba al oído y comenzaba a desvestirla para explorar su cuerpo con la misma acuciosidad con que había examinado cada detalle del departamento.

Marcos ni siquiera sintió el chirrido del tren de aterrizaje al ser expulsado del aparato, su mente vagaba por el "Monte Olimpo", precisamente. ¿Qué le habría pasado a Maggie ¿Por qué se había ido al trabajo sin esperarlo? Cada una de las posibilidades que atormentaban su mente las rechazaba en esa espera llena de presagios inquietantes.

El último sábado que la pasó a buscar, después de cerrar ventanas y cortinas, se sentaron a beber a la luz de las velas y del resplandor de las estufas encajadas en los muros.

-¿Hasta cuándo vas a volar?- dijo Maggie, girando el vino en la copa de cristal.

-Es lo único que sé hacer.

-Es lo único que te gusta.

-No es lo único. Tampoco podría vivir sin ti- dijo él en un susurro besando sus manos y sus párpados que ella había cerrado en medio de un leve estremecimiento.

Marcos recordaba aquella noche con tanta lucidez que casi podía palpar la tristeza que se instaló en el ambiente. Ambos quisieron ignorar la sospecha de que algo estaba ocurriendo y, al poco rato, como si una magia se hubiese roto, apuraron sus tragos, se vistieron y en cinco minutos estaban en la calle caminando a casa en silencio.

Una vez que el avión hubo aterrizado, debió esperar en la losa hasta que la torre de control diera la autorización para continuar el rodaje hasta la manga asignada. Marcos se apostó junto a la puerta y en cuanto fue abierta salió disparado como si hubiese escuchado el fogeo que daba la partida a una carrera. Pasó a llevar tripulaciones de otros vuelos que hacían fila antes las ventanillas de inmigración e intentó salir de aduana con la misma prisa, pero su maletín fue examinado con una prolijidad exasperante.

A bordo del taxi lamentó haber dejado su abrigo en el otro hemisferio. Quizás una ducha caliente le habría espantado el frío y ese presagio de desventura, pero necesitaba

juntarse con Maggie lo antes posible. El auto se detuvo frente al “Monte Olimpo”, detrás de un carro de policía y Marcos pagó con un billete grande sin esperar el vuelto que el taxista hurgaba en la guantera. Se bajó y corrió hacia la imponente mampara que abrió el conserje inclinando la cabeza como si estuviera esperando a un uniformado más. Marcos no respondió al saludo ni tampoco esperó la llegada del ascensor; siguió de largo hasta la escalera y subió los peldaños de a dos en dos

Al llegar al corredor del cuarto piso se sorprendió al ver a una pareja frente al departamento 403 cuya puerta abierta dejaba pasar una corriente de aire helado. Al lado de la mujer un oficial hacía anotaciones que interrumpió al verlo llegar.

-¿Capitán Salazar?

-Sí Marcos Salazar. ¿Qué ha pasado?

-¿Usted conoce al señor Ricardo Torres?- preguntó el oficial, en vez de responder.

-No... Sé que es el jefe de mi esposa...

-Y mi marido- interrumpió la mujer.

-Perdón, le presento a la señora Ana Torres.

-¿Dónde está Maggie?-se le escapó en un grito.

-En el living, con mi marido- dijo la mujer haciendo una seña con la cabeza.

Marcos suspiró aliviado y al cruzar el umbral del departamento alzó el cuello de su chaqueta para protegerse del frío, junto con un extraña fetidez que desentonaba con la distinción del edificio. Las ventanas que daban a la Avenida Kennedy abiertas de par en par, y las puertas de la terraza con vista a la cordillera dejaban pasar un viento helado que inflaba las cortinas como las velas de una embarcación. Divisó al supuesto Torres de espaldas, sentado en el sofá, a través de un gran ramo de flores sobre la mesa arrimada al comfortable. Si se trataba de un robo nada parecía faltar. Nada descontando a su mujer, pensó y en pocos pasos se aproximó al empresario.

Alí estaban. Ella recostada plácidamente sobre los cojines, con el vestido arremangado y la cabeza con su cabello luminoso en la falda de él; un brazo colgaba hasta el suelo y un poco más allá, en la alfombra, junto a los zapatos de tacón, una copa vacía sobre la huella que había dejado el vino sobre el tapiz. Los ojos cerrados y una sonrisa instalada en su rostro le daban una apariencia angelical. Maggie tenía abierta la blusa y la mano de su jefe reposaba sobre su pecho desnudo. Torres, descalzo a su vez, reclinaba su cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados y la comisura de los labios en una postura relajada como abstraído en alguna reflexión. Con su mano libre sostenía un vaso con restos de licor apoyado en su muslo izquierdo. Marcos se afirmó sobre el *bergere* como si estuviera contemplando las figuras de un museo de cera, y la voz del oficial le advirtió desde el pasillo, que nada podía tocarse hasta la llegada del juez. Que no era conveniente permanecer allí dentro mucho rato. La atmosfera continuaba algo enrarecida, a pesar de haber sido desconectada la matriz para impedir el escape que había dado origen a la fuga del calefactor milanés.

